

raza formaban á su vez una excepcion en el cuerpo episcopal. Gregorio Nazianzeno acusa á los obispos de que hacian un arte de la piedad cristiana; dice que la política del foro habia invadido el santuario y que la Iglesia se habia transformado en escena (1). Los predicadores «se agitaban en el púlpito como los histriones» (2) y se conducian como los cortesanos. Gregorio formaba singular contraste con aquellos hombres mundanos; así es que tuvo que sufrir sus censuras; escuchemos la justificacion del santo obispo: «Ignoraba, dice en el Concilio de Constantinopla, que yo debiese rivalizar en magnificencia con los gobernadores y los generales que poseen inmensas riquezas y no saben en qué emplearlas. Ignoraba que, abusando de la hacienda de los pobres para satisfacer mi lujo y para procurarme toda clase de placeres, pudiera yo disipar en lo supérfluo cosas tan necesarias y presentarme en el altar con la cabeza llena de los vapores de una buena comida. Ignoraba que un obispo debiese montar un fogoso caballo, ó hacerse conducir en un carro magnífico, rodeado de un fausto deslumbrador... Ignoraba todo esto; la falta está cometida, os ruego que me la perdoneis» (3). Gregorio Nazianzeno se retiró ante las facciones que se habian formado contra él en el Concilio de Constantinopla. El elocuente Crisóstomo tuvo igual suerte; un concilio le depuso por pretendidos agravios á la disciplina. «Sabeis, dice en uno de sus más bellos discursos, la verdadera causa de mi pérdida: es porque no he llenado mi habitacion de ricas tapicerías, es porque no me he vestido de oro y de seda, es porque no he halagado la molicie y la sensualidad de ciertas gentes» (4).

El cristianismo intentó una violenta reaccion contra esta decrepitud. Predicó la renuncia al mundo, porque el mundo estaba de tal manera corrompido que parecia imposible conseguir en él su sal-

(1) GREGOR. NAZ., *Orat.* 27 (t. I, p. 465, A).—El rudo JERÓNIMO hace una comparacion ménos lisonjera: «*In Ecclesiis quasi ad Athenæum, et ad auditoria convenitur, ut plausus circumstantium suscitentur, ut oratio rhetoricæ artis fucata mendacio, quasi quadam meretricula prodeat in publicum, non tam eruditura populos, quam favorem populi quæsitura*», etc. (*Comment. In epist. ad Galat. Lib. III, in*).

(2) GREGOR. NAZ., *Carm.* X (t. II, p. 81, A).

(3) *IBID.*, *Orat.* 32, p. 526; C. *Orat.* 25, p. 436.

(4) CHRYSOST., *Antequam iret in exilium* (t. III, p. 421, B.).

vacion. Pero este remedio heróico no era aplicable á la mayoría; la vida ascética exigia precisamente esta fe viva y esta energía de que carecia la muchedumbre. Era imposible que la buena nueva germinase en aquella podredumbre.

Hemos visto á los *Apologistas* oponer con noble orgullo los preceptos del Evangelio al materialismo pagano, las virtudes de los cristianos á la inmoralidad de los gentiles. Llegó un tiempo en que los preceptos del Evangelio formaron un contraste completo con las costumbres de los fieles. «¿Cómo, exclama San Crisóstomo, han de creer los paganos en la verdad de nuestra religion, cuando ven á los cristianos infectados de los mismos vicios que nosotros censuramos en los idólatras, la codicia, la rapiña, la envidia, la orgía? No dan ya fe á nuestras palabras, las toman por palabras vanas, por un indigno engaño» (1). «Todos, dice San Efremio, el gran doctor de la Siria, todos buscamos los honores, todos pretendemos la vanagloria, todos nos entregamos á la avaricia, todos somos perversos, dispuestos para los placeres, todos quebrantamos la continencia, somos frios en la caridad, arrebatados en la cólera, inertes en el bien, activos en el mal» (2). Un vicio infame minaba al imperio de Oriente. El pudor impidió por largo tiempo á Crisóstomo poner la mano en la llaga más vergonzosa de la sociedad romana. Por fin estalló su indignacion; tronó contra un amor impuro, «mal incurable, más cruel que todas las pestes.» La prostitucion le parecia casi una virtud en presencia de un crimen que viola la naturaleza: «El colmo de la indignidad, dice, es la audacia con que se entregan á esta impureza, que ha llegado á ser una costumbre, y por decirlo así, una ley. Ya no hay ni temor, ni vergüenza; se rien de esta abominacion como si se tratara de una hazaña. Los que practican la castidad parece que están tocados de la locura; los que amonestan son tenidos por furiosos» (3). El orador se pregunta: «¿Por qué Dios no envía una lluvia de fuego

(1) CHRYSOST., *Homil. VII in Genes.* (t. IV, p. 56, C.).

(2) EPHRAËM, *Sermo in Patres defunctos* (t. I, p. 173, E. F.).

(3) CHRYSOST., *adv. Oppugnat. Vita Monast.* III, 8 (t. I, p. 88). Compárense las homilias de SAN EFREMIO sobre la impudicidad (t. III, p. 56 y sig.), y los decretos de los concilios sobre la sodomia. El concilio de Ancira (siglo IV) impone largas penitencias á los que han cometido crímenes contra la naturaleza.

sobre los culpables, como sobre Sodoma?» Responde «que un suplicio más cruel los espera, un fuego que no tendrá fin» (1).

Las sectas que se separaron de la Iglesia le censuraron amargamente las supersticiones paganas y la corrupción que las acompañaba. Los maniqueos decían que los católicos no se distinguían de los paganos más que por algunas ceremonias exteriores. San Agustín tomó la defensa de las costumbres de la Iglesia. Pero para demostrar la santidad de la vida cristiana, se vio obligado á citar la existencia excepcional de los monjes. Confiesa «que había multitud de fieles, cristianos sólo de nombre, que conservaban las supersticiones del paganismo en el seno de la verdadera religión, y que se entregaban á sus pasiones como si fueran aún paganos. Muchos, dice, adoran las imágenes; muchos beben con exceso sobre las tumbas de los santos, y se entierran sobre los cadáveres alegando como un acto de fe su voracidad y su embriaguez». Se aprovechaban de las ceremonias nocturnas para entregarse á escandalosas orgías; no respetaban ni aún las vigiliias de las Pascuas (2). Los espectáculos, aquellas fiestas de la religión pagana, hacían competencia al Evangelio. Agustín tronó en vano contra la locura del circo; el gran doctor vió á los cristianos salir del templo de Dios, para correr «á las fiestas de los demonios» (3). Si la palabra poderosa del obispo de Hipona no tenía fuerza para contener á estos desertores de la fe, ¿cuál sería el estado de las iglesias que no tenían á su cabeza un San Agustín? (4).

Este furor de placeres que caracteriza la decadencia de la sociedad antigua no era un vicio local. Acabamos de ver las quejas de los Gregorios y de los Crisóstomos. En Roma, el pueblo cristiano, lo mismo que el populacho pagano, no pedía más que pan y juegos. Con ocasión de una hambre, se expulsó de la ciudad á todos los

(1) CHRYSOST., *ib.*, p. 89. C. *Id.*; de perfecta caritate (t. VI, p. 297, D.); *Homil. IV, in epist. ad Roman.* (t. IX, p. 458, C.).

(2) AUGUSTIN., *De morib. Eccl. Cathol.* 75. — HIERONYM., *adv. Vigilantium* (t. IV, P. II, p. 285).

(3) AUGUSTIN., *De catechizandis rudibus*, § 48; *Enarr. in Psalm.* 80, § 2.

(4) El canon V del Concilio de Cartago (de 401) dice: «Es necesario rogar á los emperadores que impidan que se representen espectáculos, juegos ó comedias los domingos y las fiestas, particularmente durante el tiempo de las Pascuas, porque sucede que los pueblos van en mayor número al circo que á la Iglesia.»

extranjeros. «La ejecución, dice un historiador contemporáneo (1), se extendió brutalmente, aún al pequeñísimo número de los que ejercían profesiones científicas y liberales; pero se exceptuó terminantemente á los histriones y sus compañías; se consintió la presencia de tres mil bailarinas y otros tantos coristas y farsantes. Así es que no se da un paso sin encontrarse con estas mujeres de largos cabellos rizados, que hubieran podido, estando casadas, dar cada una tres hijos al Estado, y cuya vida toda consiste en barrer con los piés el tablado de un teatro y en hacer piruetas sin fin.» Las desgracias de la invasión de los Bárbaros no corrigieron á aquella sociedad futil. San León, aquel papa animoso que se atrevió á hacer frente á Atila, se queja de que en medio de las devastaciones de los Hunnos, los Romanos mostraban más celo por los juegos del circo que por el culto de San Pablo y San Pedro (2).

¿Qué era, en esta corrupción, del ideal de la perfección cristiana, tan ensalzado por los Apologistas? Tertuliano dice que los paganos se asombraban de la caridad cristiana; Luciano casi reprende á los sectarios de Cristo por su amor fraternal. ¡Qué triste cambio en tiempo de San Crisóstomo! Lo que escandalizaba sobre todo á los paganos, era la falta de caridad de aquellos que tenían siempre la palabra de caridad en los labios (3). Jesucristo dice á sus discípulos que den sus bienes á los pobres. En el siglo IV la usura azotaba como en la época de las Doce Tablas: los clérigos se hacían culpables de este crimen vergonzoso (4). Los acreedores no se repartían ya el cuerpo de sus deudores, pero los desgraciados se veían reducidos á vender á sus hijos; la codicia se encarnizaba hasta con la muerte (5). San Máximo, obispo de Turin (siglo V) dice que «la mayor parte de los fieles, léjos de distribuir

(1) AMMIAN. MARCELL., XIV, 6.

(2) LEO, *Serm.* 81, p. 165.

(3) CHRYSOST., *Homil. 72 in Joann.* (t. VIII, p. 427, D.). — C. EPHRAEM, *De perf. hominis* (t. III, p. 283, D.).

(4) Concilio de Laodicea, siglo IV, c. 4. Concilios de Cartago de 348, c. 13; de 397, c. 16.

(5) AMBROSIO refiere una historia lúgubre de un acreedor que se apoderó del cadáver de un deudor (*de Tobia*, c. 8, 10, t. I, p. 600, 602). — EFREMIO presenta á la avaricia invadiendo todas las clases de la sociedad cristiana, hasta el episcopado (*Serm.*, t. VI, p. 660 y sig.).

sus bienes á los pobres, arrebatában los bienes ajenos» (1). Los cristianos se dan el nombre de hermanos, dice *San Crisóstomo*; en realidad se odian como enemigos: «Nos llamamos miembros los unos de los otros, y nos destrozamos como fieras» (2).

La invasión de los pueblos del Norte hubiera debido hacer resaltar la caridad cristiana; se vió, por el contrario, á los discípulos de Cristo rivalizar en barbarie con los Bárbaros. Cuando, en el siglo III, saquearon los Godos el Asia, muchos cristianos se apoderaron de los bienes de sus hermanos cautivos, convirtiéndose ellos mismos, dice *San Gregorio*, en Godos para los demas. Hubo quienes se alistaron en las hordas germánicas, y les enseñaron los caminos, las casas que debían saquear y los fieles que debían degollar (3). Cuando redoblaron las irrupciones en el siglo IV, el temor expulsó á los habitantes de las provincias invadidas; fueron á buscar un asilo á las comarcas ménos expuestas, pero no obtuvieron auxilio sino á costa de su libertad. Fué necesario que una ley recordase la caridad, ó más bien el deber, á aquellos cristianos más crueles que los hombres del Norte (4).

La corrupcion vició al cristianismo hasta en su esencia. En el pensamiento de Cristo, todos sus discípulos debían ser igualmente santos: la igualdad religiosa reemplazaba á la aristocracia intelectual y moral de la antigüedad. Bien pronto la distincion de los clérigos y de los laicos, de la existencia de los monjes y de la vida secular, destruyó el dogma fundamental del cristianismo y abrió la puerta á todos los excesos. Los hombres mundanos se creían dispensados, no solamente de la observancia rigurosa de los preceptos del Evangelio, sino también de las prescripciones de la moral vulgar: «Si ocurre, dice un orador cristiano, que un sacerdote severo reprenda á los hombres del siglo sus pecados, si pregunta por qué se entregan á la orgía, á la rapiña, al bandolerismo, le responden: ¿Qué podemos hacer, nosotros hombres del siglo? nosotros no somos clérigos, nosotros no somos monjes. Según ellos, todo el

(1) *Biblioth. Max. Patrum*, t. VI, p. 45, E.

(2) CHRYSOST., *Homil. 28 in ep. II ad Corinth.* (t. X, p. 632, B.).—EPHRAËM, *De perfect. hominis* (t. III, p. 283, D.).

(3) GREGOR. THAUMAT., *epist. can. 5-7*.—Se encuentran las mismas quejas en el siglo V en las homilías de MÁXIMO (*Biblioth. Max. Patrum*, t. VI p. 46).

(4) L. 2, C. Th. v, 5.

que no es clérigo ó monje puede permitirse todo lo que no es permitido» (1). Los Padres de la Iglesia protestaron en vano contra esta desercion de la doctrina evangélica; demostraron en vano que no había dos especies de cristianos, que todos debían aspirar á la perfeccion (2). Si se encontraba algun fiel que se esforzara en regular su vida segun las máximas del Evangelio, se le perseguía con burlas é insultos: «Tú eres un hombre grande y justo, eres un segundo Elías, rivalizas con *San Pedro*, no eres de este mundo, eres un ángel bajado del cielo» (3). Se nos trata de monjes, dice *Jerónimo*, porque no llevamos vestidos de seda; se nos trata de hombres melancólicos é insociables, porque no somos ebrios y no desgarramos nuestra boca con careajadas» (4).

La corrupcion general provocó una viva oposicion entre los hombres animados por el espíritu del cristianismo primitivo. Hubo sectas que se separaron de la Iglesia por no mancharse con el contacto de los pretendidos cristianos que acumulaban dinero con infames usuras y que consumían sus rapiñas en las orgías (5). Desde el siglo IV, los reformadores surgieron del seno de los monasterios. Los unos combatían el ayuno y las oraciones por los muertos; protestaban contra la relajacion de las costumbres con una renuncia absoluta del mundo (6). Otros atacaban el culto que se tributaba á las reliquias de los mártires; trataban á los católicos de «cinerarios y de idólatras»; acusaban á la Iglesia de conservar las supersticiones paganas; vituperaban la vida monástica como inútil para el prójimo y la continencia en general como ocasion de inmoralidad (7). Los monjes precursores de Lutero rechazaron la distincion de una doble moral y sostuvieron que el dogma cristiano obligaba á los laicos tanto como á los clérigos y los monjes (8).

(1) Véase el sermón de un autor desconocido, insertado en las obras de AGUSTIN (t. V, *Apend. Serm. 82*).

(2) CHRYSOST., *De Lazaro, Or. III* (t. I, p. 737); *Homil. VII in epist. ad Hebr.* (t. XII, p. 79); *adv. oppugnat. vite monast.* III, 14 (t. I, p. 101, A; 102, D.).

(3) AGUSTIN., *Serm. I, § 4, in Psalm. 90. C. Serm. II, § 4, in Psalm. 48.*

(4) HIERONYM., *epist. 19* (t. IV, P. II, p. 51).

(5) THEODORET., *Hæret. Fab. IV, 10; Id. Hist. Eccl., IV, 10.*

(6) *El monje Aërius y sus sectarios* (EPIPHAN., *Hæres. 75, 3*).

(7) *Vigilantius* (HIERONYM., *epist. 37 ad Ripuar.* (t. IV, P. II, p. 282 y sig.).

(8) *Jovinianus* (HIERONYM., c. *Jovin.* I, p. 146).—NEANDER., *Geschichte der christlichen Religion*, t. II, p. 514 y sig.

Estas tentativas de reforma se frustraron. Iban acompañadas de errores; y aunque hubieran sido puras como la doctrina de Jesucristo hubieran sido impotentes. El mal estaba en la corrompida sociedad, á la cual se hallaba ligado el cristianismo. Aunque expresándose con violencia contra los reformadores, los Padres de la Iglesia confesaban la gravedad del desorden. La corrupcion habia invadido á aquellos mismos que hubieran debido guiar á los fieles por el camino de la perfeccion cristiana. El episcopado que los Ambrosios y Agustines consideraban como un cargo demasiado difícil, era buscado por el comun de los fieles por sus ventajas temporales. Se vieron reproducirse en las elecciones eclesiásticas las malas pasiones, los artificios culpables, la corrupcion y hasta los asesinatos que habian deshonrado las elecciones de Atenas y de Roma (1). Un candidato elogiaba el rango de sus abuelos; otro seducia á sus jueces con el cebo de una comida suntuosa; hubo quienes prometieron partir los despojos de la Iglesia con sus cómplices! (2).

La sed de riquezas y de goces materiales, esa lepra de las sociedades en decadencia, infectó á la Iglesia. Los sacerdotes y los monjes pusieron en juego medios vergonzosos para apoderarse de las sucesiones de las mujeres y de los ancianos: «Me consta, dice Jerónimo (3), que algunos de los nuestros prestan viles servicios á los viejos sin hijos. Hacen ellos mismos el servicio del cuarto, hacen la cama, reciben en sus manos los residuos del estómago y los humores de los pulmones. Al entrar el médico tiemblan; le preguntan, pálidos de miedo, si el enfermo va mejor; por poco que el moribundo haya recobrado las fuerzas se creen en

(1) AMMIANO MARCELINO refiere (XXVII. 4) que Dámaso y Ursino se disputaron la silla de Roma con un furor que llegó hasta el asesinato. Dámaso triunfó con ventaja; 137 cadáveres se encontraron al dia siguiente en la basilica en que se reunian los cristianos. El historiador añade: «En verdad, cuando considero el esplendor de esta dignidad en la capital, no me sorprende de este exceso de animosidad entre los competidores. El aspirante que la obtiene está seguro de enriquecerse con las liberales oblaciones de las matronas, de andar en el coche más cómodo, de deslumbrar á todo el mundo con el esplendor de su vida, de eclipsar en sus festines hasta las profusiones de las comidas reales....»

(2) SIDON. APOLLINAR., *epist.* IV, 25; VII, 5.—EPHRAËM., *Serm. de Reprehens.* (t. VI, p. 665, E. F.).

(3) HIERONYM., *epist.* 34 *ad Nepot.* (t. IV, P. II, p. 261).

peligro; fingen alegría mientras que su alma se halla torturada por la avaricia.» Fué necesario que el legislador interviniese para refrenar esta sórdida codicia. Por un edicto dirigido á Dámaso, obispo de Roma, prohibió Valentiniano á los monjes y á los sacerdotes frecuentar las moradas de las viudas y de las doncellas; los declaró incapaces de recibir las donaciones ó legados de sus penitentes (1). Las dolorosas quejas que esta ley arranca á Jerónimo atestiguan la gravedad del mal: «Hé aquí una gran vergüenza para nosotros, exclama el solitario de Bethleem. Los sacerdotes de los falsos dioses, los bufones, las personas más infames pueden ser legatarias; solamente los clérigos y los monjes no pueden serlo; una ley se lo prohíbe, y una ley que no ha sido hecha por emperadores enemigos de la religion, sino por príncipes cristianos. Yo no me quejo de que esta ley se haya publicado; me quejo de que la hayamos merecido; inspirada por una sábia prevision, no es aún bastante fuerte contra la avaricia; se burlan sus prohibiciones con fraudulentos fideicomisos.... Me sonrojo al decirlo, pero es necesario para que nos avergoncemos, al ménos, de nuestro deshonor; vivimos en apariencia pobres y morimos ricos» (2). Zosimo, historiador pagano á quien se ha acusado de calumniar al cristianismo, no ha exagerado, pues, al decir que los monjes, «so pretexto de partir sus bienes con los pobres, reducian á todo el mundo á la pobreza» (3).

La corrupcion corria parejas con la sed de oro. Los gastrónomos del imperio encontraron dignos sucesores en el seno de la Iglesia. Dejemos la palabra á San Jerónimo: «¡Vergüenza para esos sacerdotes que no piensan más que en acumular riquezas! Nacidos en pobres casas, en la cabaña del labrador, aquellos que tenían apenas pan de cebada para saciar su estómago hambriento, desechan ahora la flor de trigo y la miel. Conocen los nombres y todas las especies de pescados; saben en qué costas se recogen las ostras; por el gusto de las aves reconocen las provincias donde se han cazado. Se deleitan en proporción de la rareza de los alimen-

(1) L. 20, *C. Th.* XVI, 2.

(2) HIERONYM., *epist.* 34, 95 (t. IV, P. II, p. 260, 776). Traducción de VILLEMMAIN.

(3) ZOSIM., *Hist.* v, 23.

tos, los saborean en proporcion del peligro que ha costado procurarlos» (1).

En otra parte censura *Jerónimo* otros vicios del clero: «Confieso con rubor que hay fieles que solicitan el sacerdocio para ver con más libertad á las mujeres. No se cuidan más que de componerse; sus cabellos están rizados con hierros; sus dedos brillan con el fuego de los diamantes; andan con la punta de los piés; los tomariais por jóvenes desposados más bien que por clérigos» (2). ¿No parece que son los abates del siglo XVIII? Estos sacerdotes mundanos eran sin duda una excepcion; pero la vida de aquellos que vivian retirados del mundo no era más pura: encontraban medio de entregarse á los placeres de la carne, aunque conservando las apariencias de la santidad. La mayor parte tenía en sus casas mujeres con el nombre de *hermanas*. Las quejas de los Padres de la Iglesia, los decretos de los concilios y las leyes de los emperadores atestiguan los vergonzosos desórdenes que se ocultaban bajo estas relaciones: «Es desconsolador el confesarlo, dice *Jerónimo*, pero la verdad, aunque triste, debe decirse. ¿Qué peste es esa de mujeres introducidas? (3). Esposas sin matrimonio legítimo, esta nueva especie de concubinas no son sino cortesanas al servicio de un solo hombre. Comparten con él la casa, la mesa, muchas veces el lecho. ¡Y se nos trata de espíritus suspicaces cuando murmuramos!..... Si estas relaciones son tan santas, ¿por qué abandona el hermano á la hermana que la naturaleza le ha dado para buscar una hermana extraña? ¿Por qué la hermana desdeña á su hermano no casado para buscar á un hermano extraño? ¿No será por mantener un comercio criminal con pretexto de consuelo espiritual?» (4). Lo que indigna más á *San Crisóstomo*, y con razon, es esa hipocresía de la virtud que cubre el vicio: «Más valdria, dice, frecuentar las mujeres públicas que engañar á los fieles, viviendo con supuestas hermanas y

(1) HIERONYM., *epist.* 34 *ad Nepot.* (t. IV, P. II, p. 261).

(2) IBID., t. IV, P. II, p. 40. (Traducción de VILLEMMAIN y de CHATEAUBRIAND).

(3) *Subintroductæ* ó *agapetæ*.

(4) HIERONYM., *epist.* 18 *ad Eustoch.* (t. IV, P. II, p. 33).

amigas» (1). Fué necesaria la intervencion activa y reiterada de los concilios para disminuir el abuso; no se acabó nunca por completo (2).

La corrupcion invadió hasta la soledad de los monasterios. Las censuras que *San Efremito* dirige á los monjes del siglo IV no son ménos vivas que las acusaciones de *San Jerónimo* contra el clero secular: «Hemos renunciado al mundo y no pensamos sino en el mundo; hemos abandonado nuestras casas y hemos conservado sus preocupaciones y sus cuidados; hemos dejado las posesiones de la tierra y no cesamos de disputar por ellas; somos humildes en apariencia y en el alma ambicionamos los honores; parece que amamos la pobreza y estamos dominados por la codicia. Exteriormente somos monjes, miéntras que nuestro corazon es duro é inhumano; exteriormente somos piadosos, en realidad somos homicidas; exteriormente somos caritativos, interiormente somos rencorosos; exteriormente ayunamos, en nuestras costumbres somos piratas; exteriormente somos pudorosos y en el alma adúlteros» (3).

Hemos acumulado los testimonios, y añadiremos aún otros, para que no quede duda alguna sobre este hecho: que «la sociedad pagana permaneció la misma, á pesar de su conversion aparente al cristianismo» (4). Es una triste enseñanza que ofrece la historia á las naciones que se corrompen: cuando se hallan consumidas por la decadencia moral deben perecer. La religion no puede dar la vida á un mundo que cae en podredumbre. Son necesarias las borascas para purificar la atmósfera; cuanto más infectado está el aire, tanto más furiosa y destructora es la tempestad. El cristianismo contenia en sí los elementos de una regeneracion moral, pero se corrompió al contacto de una civilizacion corrompida; estaba á punto de perecer con la sociedad antigua cuando Dios envió á los Bárbaros.

(1) CHRYSOST., *Contra eos qui subintroductas habent* (t. I, p. 288 y sig.).

(2) *Concilios de Ancira*, c. 19; *de Nicea*, c. 3; *de Cartago*, III, 17; *de Arles*, II, 3; *de Toledo*, IV, 42. El legislador mismo creyó deber condenar estas relaciones criminales (L. 44. C. Th. XVI, 2).

(3) EPHRAËM, *adv. vitiose viventes* (t. I, p. 112, D. E.; 113, E. F.). Las obras de Efremito están llenas de semejantes quejas. Véase su *Discurso ascético* (t. I, p. 40).

(4) GUIZOT, *Curso de Historia*, leccion XIV.